



...BEETHOVEN, por Maribel
Orgaz

En su peculiar autobiografía: *El Examen de una vida* (Editorial Siruela, 1997) George Steiner dice que Beethoven fue uno de los más grandes genios de la historia. El musicólogo Peter Gammond publicó en 1988 una guía de compositores. Sobre Ludwig van Beethoven escribió algunas de las líneas más bellas: "en algunos movimientos lentos como los de la 9ª Sinfonía, el Cuarteto para cuerda en la menor y la Sonata para piano opus 111 alcanzó una tranquilidad tan trascendente que se sitúa en los límites de la experiencia humana". La infancia y juventud de Beethoven harían hoy, con toda probabilidad, que el niño estuviera bajo la tutela de servicios

asistenciales. Su padre, Johann era un músico de la corte alcohólico que heredó de su propia madre la afición a la bebida. La escolarización de Ludwig y su formación musical fueron, cuanto menos, caóticas; y del papel del padre en su educación, por decirlo suavemente, indigno. A la escuela llevaban al niño sin asear y con mal aspecto y en lo que se refiere a su educación musical, una anécdota ilustra bien cómo era: su padre llegaba a veces con su amigo Tobias Pfeiffer borracho a altas horas de la noche y sacaban al niño de la cama para darle clase. Sin embargo, Pfeiffer era un buen pianista y Beethoven aprendió mucho con él. Para colmo de males, la madre de Beethoven, María Magdalena Keverich, a la que él quiso profundamente y que era una mujer bondadosa pero sumisa y débil de carácter le dejó huérfano a los 16 años.

De cómo el niño pudo atravesar una infancia como esa, fortalecerse, preservar y potenciar sus cualidades no parece haber una explicación sencilla. El acontecimiento más importante de su niñez fue el trato

con el organista Christian Gottlob Neefe que respetó, enseñó y en cierta forma cuidó del chico, al que conoció a los 10 años. Neefe le enseñó a apreciar a Bach, le inició en literatura clásica y los autores alemanes contemporáneos; pero lo más importante sin duda fue el carácter del propio Neefe que no se tenía por el lacayo de un mecenas (como le ocurrió a Bach y Mozart o Haydn) sino por un artista cuyo valor estribaba en su propia libertad como creador. Esta idea arraigó fortísimamente en Ludwig y es una de sus singularidades más valiosas, hasta el punto de que abrió camino a todos los compositores posteriores. En la música de Beethoven no existe como en Bach la huella nítida y profunda de la creencia en Dios, tampoco la de la felicidad y la bondad radiante de Mozart porque el hombre, parece decirnos, transita por un mundo en el que la separación del sufrimiento ajeno y el propio es casi inexistente; en el que la capacidad de sentir dolor no parece hecha a nuestra medida. La culminación de sus sinfonías en el Himno de la Alegría de la

Novena, es un sorprendente y esperanzador epílogo a esta idea: en la desesperación aún puede elevarse un canto. Quizá sea oportuno recordar ahora aquellos versos de José Ángel Valente: "Hay una luz remota, sin embargo/ y sé que no estoy solo/ aunque después de tanto y tanto no haya / ni un solo pensamiento /capaz contra la muerte, / no estoy solo.

